EL MAR DE LAS TINIEBLAS

Marco Martos

el Caballo rojo

ATENEA
IMPRESORES EDITORES

La condición de poeta define la vida y la actividad literaria de Marco Martos (Piura, 1942). Desde que en 1965 publicó *Casa Nuestra* los lectores y la crítica reconocieron que se hallaban frente a una escritura diferente, alejada de las modas literarias y de una retórica compartida con otros poetas del Perú o la lengua castellana. Los libros posteriores *Cuaderno de quejas y contentamientos* (1969), *Donde no se ama* (1974), *Carpe Diem* (1979), *El silbo de los aires amorosos* (1989), *Cabellera de Berenice* (1990), *Muestra de arte rupestre* (1990), *Leve reino*, obra poética reunida, (1996), confirmaron la originalidad, la fuerza y el talento de un orífice de la palabra que ahora entrega con *El Mar de las Tinieblas*, un centenar inédito de textos, a la avidez y a la bondad del público lector.

El Mar de las Tinieblas

El Mar de las Tinieblas

Marco Martos

© El Mar de las Tinieblas / Marco Martos

Portada y diseño: ÍTACA ediciones
Pintura de portada: *Mermaid* de Arthur Hughes
Impresión: ATENEA Impresores - Editores

Segunda edición setiembre 1999
Impreso en el Perú

Índice

Palabras Liminares
[19]

I. El Mar de las Tinieblas
[21]

El mar de las tinieblas
[23]

Córdoba
[25]

Parajes de Córdoba
[26]

Azufre
[27]

Zoe Bertgang
[28]

En el puente de las vacilaciones
al borde de una mañana eterna
[29]

Brindis de Yasunari Kawabata
por la danzarina de Izu
[31]

El mar escribe
[32]

Gritos
[33]

Urraca
[34]

Hablan los animales
[36]

Franz Kafka se compara con un erizo
[37]

Prisioneros I
[38]

Prisioneros II
[39]

La rosa de la melancolía
[40]

II. ERRANCIAS
[41]

Oscura boca del vino
[43]

¡Dime tú por qué te vas!
[44]

Epitalamio para Dafne y Javier
[45]

Cuando escucho tu voz
[46]

Soneto zéjel asonante
[47]

Sancho medita sobre la muerte
[48]

Curioso discurso de don Quijote
sobre las armas y las letras
[49]

Pensando en Francisca Sánchez
[51]

Azorín en la ventanita del sobrado
[52]

Música triste de Pío Baroja
[53]

Espadas
[54]

Horóscopo
[55]

Conversación con Thomas Pilgrim
[56]

Primeros paseos
[58]

Luna de abril
[59]

Hierba Luisa
[60]

Penumbra
[62]

Coplas de pie quebrado
[65]

La tahona de Antonio Ordinola
[85]

Encantos de la luna
[86]

El libro de un amigo
[88]

El vidrio es un líquido
[89]

Diatriba y amor a Lima
[90]

Perú de metal y melancolía
[92]

Primavera
[93]

Invierno
[95]

Canción de la pureza
[96]

Dos mujeres
[97]

Torre de marfil
[99]

Contra la torre de marfil
[100]

Garabato
[101]

Lo real imaginado
[102]

Mimo
[104]

Ojo de tiburón
[105]

Abrazo de oso
[106]

Río abajo
[107]

III. GACELAS
[109]

Asombro
[111]

Jilguero
[112]

Homenaje
[113]

Del afecto
[114]

Maravilla
[115]

Irrupción
[116]

Duermevela I
[117]

Duermevela II
[118]

Separaciones
[119]

Liviana luz
[120]

Caverna
[121]

Memoria del vino
[122]

Zarza
[123]

IV. El Imperio de las Luces
[125]

Orígenes
[127]

El imperio de las luces
[129]

El descubrimiento del fuego
[130]

La página en blanco
[131]

La magia negra
[132]

La primavera
[133]

La invención colectiva
[134]

Conversación bajo la luna
[135]

Oración por Henry Michaux
[137]

Düsseldorf
[139]

V. SOLEDADES
[141]

Otoño
[143]

Orión y Artemisa
[144]

Canción Dadá
[145]

Soledad de Arnaut Daniel
[147]

Soledad de Fernando de Herrera
[149]

Soledad de César Vallejo
[151]

Soledad de José María Eguren
[153]

Soledad de Carlos Oquendo de Amat
[154]

Soledad de Martín Adán
[156]

Soledad de Luis de Góngora
[157]

Soledad de Dante Alighieri
[158]

Soledad de Charles Baudelaire
[159]

El mar de Silvia Plath
[160]

Infancia de Silvia Plath
[161]

Tulipanes
[162]

Brisa marina
[163]

Las palabras de la tribu
[164]

Cobre de los vientos
[165]

Despedida de Serguei Esenin
[166]

Trabajo de los sueños
[167]

Biblioteca
[168]

El umbral del paraíso
[170]

Trieste
[171]

El niño de Praga
[173]

Rilke habla de París
[174]

Una sombra entre los cuerpos
[176]

Llanto de Marcel Proust
[178]

Tigre
[180]

A Thomas Pilgrim

Palabras liminares

Gottfried Benn sostenía que existen, entre los intelectuales, dos tipos diferenciados, el exponente de la cultura y el exponente del arte. Según su concepción, el primero cree en la historia y es positivista, mientras que el segundo es estadísticamente asocial, apenas sabe algo de antes y después de él, sólo vive para su material interno, para éste recoge impresiones y está completamente desinteresado en la propagación, en el efecto de superficies, en el aumento de recepción, en la cultura. No todos los poetas piensan como Benn, aunque sus diferenciaciones en algo puedan parecernos útiles. Los textos que ahora se ofrecen están más cerca de aquello que pensaba Antonio Machado: poesía como palabra en el tiempo. Cavafis hizo hablar a personajes menores de la historia helenística con un brillo inigualable. Este pequeño libro quiere dar la palabra a algunos héroes literarios como si vivieran ahora, en permanente diálogo de formas tradicionales de versificación con las formas escriturales propias del fin del segundo milenio, el mentado verso libre, ya de un fecundo desarrollo. Desfilan por estas páginas poemas atribuidos a Juan Ruiz, arcipreste de Hita, Lope de Vega, Franz Kafka, Au-

gusto Strindberg, Yasunari Kawabata, Martín Adán. En ocasiones se mezcla la voz del autor con la del poeta evocado; así ocurre en el texto Pensando en Francisca Sánchez, que termina con dos versos del propio Rubén Darío. El homenaje puede ser directo o sesgado, como en el caso específico del poeta Francisco de la Torre, rescatado por Quevedo en una librería de viejo, quien introduce en una estrofa de tres endecasílabos, un cuarto heptasílabo, con rima o sin rima. Particular atención ha merecido Friedrich Hölderlin, al que se le atribuyen trece «Gacelas», en la parte central del libro.

Esta es la inquietud: ¿podemos o no podemos darle la voz a un poeta de otra circunstancia histórica, respetar su dicción, traer algunas veces algo de su versificación y al mismo tiempo expresarnos, como quería Eliot, con el lenguaje de hoy, pues las palabras del año pasado pertenecen al lenguaje del año pasado? Estos poemas son, en su mayor porción, fogonazos que quieren iluminar el enigma en medio de la noche. Como siempre es el lector, magnánimo o desdeñoso, quien tiene la última palabra.

Lima, enero de 1999

I

El Mar de las Tinieblas

El Mar de las Tinieblas

Carta Moral a Lucilio

Escribe Séneca (40 d.C.)

Solitario y débil,
el buey viejo
quiere pasto tierno
y los hombres,
no muy diferentes,
somos alimento
diario de la muerte.
Nuestros cocineros
circulando entre los fuegos
preparan manjares para muchos
y los labriegos en Sicilia
y en Africa, y acaso más allá
del mar de las tinieblas, siembran
hierbas aromáticas, hortalizas y frutales
para alimentar a Roma y a las ciudades
de los cuatro confines
en cada uno de los imperios.
Cada quien defiende con los dientes
su verdad en el foro.
Con discursos y denuestos
los antagonistas se acompañan.
La mujer discute con el marido.
Ambos escuchan el eco
de dos voces y como eso no les basta

engendran al hijo entre sollozos.
Condición del hombre es estar solo,
vivir lo breve en la incertidumbre.
En cualquier cosa que hagas, Lucilio,
pon tus ojos en la muerte.
Consérvate bueno.

Córdoba

Tú viste en la mezquita de Córdoba
el origen de la luz,
cascada de aire y oro
que te acompaña por el mundo.
Supiste que la historia
es un licor áspero
que se difumina en extraños sueños,
palpaste lo divino y lo humano
y comprendiste que las religiones
que se enfrentan son una sola.
En la noche de luna llena
volviste para contemplar el diálogo múltiple
de Abderramán III y Felipe II,
el lúgubre, con los muertos del siglo XX
y con Garcilaso, el Inca,
melancólico entre banderas.
Ahí quisieras retornar y quedarte
para que tu espíritu deambule
entre esos manes,
como una pizca del afecto del hombre
por lo más diáfano.

Parajes de Córdoba

Me traes desde Córdoba hermosura,
luz no usada que nace de tus ojos,
parajes de la historia sin abrojos
que parecen venir de quien madura
gestos de la violencia que es más pura,
los hechos más saltantes, el despojo,
suavizando en tu voz todo el enojo
de guerra que se orea y dura.
Sentir lo que captaste en las montañas,
pasado en tu risa redimido,
me permite vivir contigo hazañas,
sentarme a tu lado muy pulido,
y besarte después con la fiereza
del león que desea tu belleza.

AZUFRE
(24 DE AGOSTO DEL AÑO 79 d.C.)

Viejo, Plinio corrió por las arenas,
intentando embarcarse, ir con la flota,
a su espalda Pompeya en la derrota
en dos ríos de lava hundió sus penas.
Encontrando agitadas las mareas,
Plinio quiso dormir bajo una manta,
bebió con avidez el agua santa
y dejó para nunca sus tareas.
Difunto, parecía despertarse
con la brisa temprana de la aurora.
Caronte, con su barca de la hora
precisa, se lo llevó sin pararse
al reino de la noche y las sombras.
Vuelven Plinio y Pompeya, si los nombras.

Zoé Bertgang
(1903)

Deambula la dama que resplandece,
fabulosa Gradiva de país griego,
conmovedora para el hombre ciego
que ignora su destino. Amanece
su seña en el canario cuando crece
en la exacta ventana azul y fuego.
Escultura dorada, frágil ruego
de la arqueología que merece
atención de la vida tal el agua
que emana de la noche hacia los días.
Norberto Hanold, ardiente como fragua,
conduce hasta Pompeya fantasías
y encuentra a la Gradiva con enagua
y palabras germanas de sosías.

En el Puente de las Vacilaciones al Borde de un Mañana Eterna

Yasunari Kawabata conoce a la danzarina de Izu.
(1923)

A lo lejos, es conmovedor el puente de madera,
suspendido sobre la curva del río.
Parece un adorno inextricable
entre las dos riberas. Algo amarillo hecho
como un lazo entre lo verde de los árboles.
Sólo llegando a pisar sus tablones
se percibe el deterioro como marca de guerra
y oscuro sello del tiempo:
diminutas incisiones, quemaduras,
picaduras de viruela de un cuerpo desesperado
o heridas a tajo hechas por un rápido cuchillo.
¿Está viva o muerta la madera o acaso está
agonizando por encima del agua? Nadie lo sabe.
A nadie le importa mientras sirva.
La llaman, según dicen,
el puente de las vacilaciones.
Avanzan los hombres hasta la mitad del río
y dudan entre irse al barrio del placer
o regresar a cumplir con sus deberes conyugales.
Eso ocurre cuando la noche toma su nombre.
Me gusta venir a la hora del ocaso,
cuando el sol tiñe de rosa
las copas de los árboles. Cada vez
me sorprende esta belleza natural

que el hombre no ha dañado con el puente
de madera. Pero hoy vi a una muchacha
en un momento diferente:
con la cara lavada bajo el sol de la mañana,
radiante, como si el tiempo no existiera
o fuera un presente eterno, cruzando
el puente de las vacilaciones,
tan resplandeciente como la madera del primer
día,
como un árbol caminando y ofreciendo sombra
a todos los hombres.
Me quedé confuso, contemplé el agua largo rato,
horas de horas, y me hice extrañas preguntas
sobre el objeto de la vida
hasta que llegaron los viandantes
con sus perplejidades, tal fantasmas bailarines
a la luz de la luna llena.
Me pareció entonces eterno el puente,
y sin heridas. Un Dios otorgando serenidad
a los alucinados de este remoto lugar del mundo.

Brindis de Yasunari Kawabata por la Danzarina de Izu (1945)

Por la luz intensa que arriba a tu ventana
en el centro de la noche y te deja
ligeramente azul cuando te baña,
por tu piel que semeja a las espigas
de cebada bajo el sol del mediodía,
por tus ojos del color de la miel
de las abejas zumbando al pie de la montaña,
por tu permanente gracia de mujer
que ya tuvo aquella que alegró la vida
del primer hombre, cuando hablaban,
por la serena belleza de tu voz
que llega precipitándose hasta el mar
desde lo más alto, por tus manos que ofrecen
ríos de ternura, llueve o truene,
haya sol o nube o nada,
por tu sonrisa que hace de cada día,
con sus instantes, un lugar de palmeras y agua,
y alienta a continuar el camino de la vida,
levanto mi vaso de vino y brindo
por ti y por tus sueños,
y mientras lo amarillo helado
baja por nuestras gargantas
tocan timbres a lo lejos,
turbinas se alistan, alas,
y un pacto de fuego queda sellado
en nuestras miradas.

El Mar Escribe

Yasunari Kawabata se despide
de la danzarina de Izu. (1972)

Toda poesía es una despedida,
una línea blanca de espuma
en el ancho mar que se lo lleva todo.
¡Con qué indiferencia se mueve el mundo
a todo lo que planeamos y queremos!
¡No hay olvido!
¡Grito que no hay olvido en la memoria!
En la cresta de la ola
o en la sima más oscura
con todo lo vivido o flotamos
o nos sumergimos.
Así, braceo un rato y luego me hundo
balbuceando tu nombre sagrado
en la noche de agua eterna.
Nadie sabe si soy un fantasma
o un buen nadador
que será niebla mañana,
que ya es cielo encapotado,
o una línea de espuma blanquísima,
vena del mismo mar que acaso escribe.

Gritos

Augusto Strindberg expresa su extremada sensibilidad. (1886)

Sólo ofreces dos gritos cada tarde
apagando tus risas engañosas
¿qué hacen en tu casa rojas rosas
cuando eres incapaz de controlarte?
Jactancioso tu cuadro tan extraño,
difícil conocer a quien lo firma,
complicado aprender sobre la risa
de esa muchacha histérica en el baño
Sin embargo prefiero la locura
colgada en la pared como un óleo,
detenida en la sala en el marmóreo
esfuerzo de la artista de la finura,
a tus gritos destemplados que me aturden,
me asfixian, me torturan y nos hunden.

Urraca

Augusto Strindberg se lamenta de su desdichada vida afectiva (1888)

Toda mañana
me grazna la urraca.
¿Le contesto
o no le contesto?
Si le contesto
me da un picotazo.
Si no hablo
se queda resentida
y luego me pregunta
con los ojos entornados
«¿me amas
o no me amas?»
¿Respondo
o no respondo?
Si digo que sí,
me da un picotazo
y me acusa de displicente,
si digo que no,
me da dos picotazos.
Si me callo,
ya se sabe,
me tocan tres
o cuatro picotazos.
Toda mañana

recibo
más o menos
unos seis picotazos.
Y así todo el año.
Es un lío vivir
con una urraca,
pero las loras
son iguales:
también dan picotazos.

Hablan los Animales

Perro apaleado aúlla poco.
El gato herido muerde a los verdugos.
El elefante vive su rencor:
arrolla al enemigo.
La ardilla desconfía de los hombres
y mastica las nueces en su nido,
pero en la casa ajena disimula
para salvar su vida.
Ruiseñor prisionero apenas canta,
detrás de los barrotes con sus púas
apacigua su pena tan profunda
comiendo una migaja.
¿Sabes qué hace el caballo en una casa?
Galopa como loco, da sus vueltas,
execra todo lazo que lo amarra
y se libera a veces.
Así la poesía del secreto
merodea verdades que son puños,
bien hablan animales en la noche,
mientras grazna la gente.

Franz Kafka se compara con un erizo (1912)

Doy dolor
a quien se me acerca.
Doy dolor.
Doy dolor.
De propia voluntad
entran en mi campo
de imanes, ¡tantos imanes!,
y salen descalabrados.
Me traen una pitanza
que he ganado lealmente
y me la tiran a la cara
como un escupitajo.
Yéndose,
me insultan
y se alejan retorcidos,
como tocados por el rayo
del demonio.
Y me dejan en carne viva,
en estas brasas,
con mis inútiles imanes
en medio de la noche.

Prisioneros I

Fraz Kafka medita sobre las dificultades del amor.
(1912)

A ti
te dejan el ojo morado
y la espalda veteada
por cardenales.
A mí
me dicen
perfumadas palabras,
luego invectivas,
denuestos,
sarcasmos,
me hincan con alfileres,
me lanzan tizones o cuchillos.
Les molesta
que silbemos,
en el día o en la noche,
que seamos capaces
de escaparnos
y reunirnos,
que brille la estrella
de la libertad
en nuestros ojos durísimos.

Prisioneros II

A ti te van dejando ojos morados,
la espalda veteada, cardenales,
acaso para darme astutos males,
en lenguajes oscuros, perfumados,
a mí, invectivas, látigos, sarcasmos,
me hincan alfileres, y me lanzan
tizones o cuchillos, ya me alcanzan
dardos envenenados, mas me salvo
por tu silbo amoroso noche y día;
podemos escaparnos y reunirnos
al tiempo que en el cielo hermoso brilla
la libertad, las luces que encandilan
a tus ojos, a nuestro loco tino
altivo, delicado, el escondido.

La Rosa de la Melancolía

Vigía melancólico en la torre,
cuido de tu hermosura, anhelo dure,
el capullo del alba que madure
en el paso del día hacia la noche.
Empresa vana, loca, hirviente fuego
pedido por el Dios del erotismo:
que tu cuerpo tan vivo sea el mismo
desde los nacimientos hasta el cielo.
¿Cómo puedes mudar tanto sonrisas,
entusiasmos, primeros días, nubes,
la rápida palabra, el miramento,
si después sólo queda el sedimento,
lo bebido, la pena que de prisa
Eros siembra en tu rostro que se pudre?

II

Errancias

Oscura Boca del Vino

El arcipreste de Hita se da ánimos para alegrar su errancia. (1345)

¡Oscura boca del vino
alegra todo camino!

Un vino tan oloroso,
un riojano tan sabroso,
un zumo tan animoso,
alegra todo camino.

Aspiro tu risa roja,
aspiro labio que aloja,
aspiro tu aroma, hoja,
púrpura boca del vino.

Sólo tengo tu fragancia,
la imagen de tu elegancia,
tus sonrisas sin ganancia,
fogosa boca del vino.

Quedan aquí tu locura,
delgada tu pena dura,
tan brillante tu hermosura,
donosa boca del vino.

¡Oscura boca del vino
alegras todo camino!

¡Dime tú por qué te vas!

Juan Ruiz, arcipreste de Hita, escribe a una serrana (1345)

¡Dime tú por qué te vas
y me dejas tan atrás!

En la lejanía oscura
de ninguna galanura
ondeará tu figura.
¡Dime tú por qué te vas!

Con la luz de la mañana
dejo crecer a la humana
esperanza. Soberana,
¡dime tú por qué te vas!

Pienso bastante en tus brazos,
mi cuerpo guarda tus lazos:
besos, extraños abrazos.
¡Dime tú por qué te vas!

¡Dime tú por qué te vas
y me dejas tan atrás!

Epitalamio para Dafne y Javier

(En estrofas del bachiller Francisco de la Torre 1534)

Empieza ahora nueva vida junta
por deseo de dos buenos amantes
que desdeñan sus dudas acuciantes
eligiendo una ruta.
Largo desvelo espera a los esposos,
noches claras y muchas alegrías,
y el canto más rotundo de la vida:
una estrella en sus ojos.
El brillo del amor que ya trasciende,
alumbra la esperanza y más se afinca,
concreto, alado, todo les afina
a los que bien se quieren.
Pensando lo mejor uno del otro
ya tienen fuerza exacta de juntarse,
bendecirse mañana, enamorarse
mirándose a los ojos.

Cuando escucho tu voz

Cuando escucho tu voz en el teléfono,
y me acerco a tu centro misterioso,
dejo todo pesar, gesto furioso,
y abandono mi ser de loco réprobo.
Te admiré entre las nubes encendidas
de la montaña hermosa cerca al cielo;
en las escalinatas, nada fiero,
tu paso difumina las neblinas.
Todo viene de golpe. Fina oreja
percibe lo vivido en su presente,
interioriza amor para que dure,
atenaza las dudas, las despeja,
deja que bien circule el inconsciente
que me manda quererte y que me apure.

Soneto zéjel asonante

Lope de Vega ensaya una variación en su soneto 1501 (1535)

Trago la soledad, sus vericuetos
negrísimos trabuco por los suelos,
donde ayer esparcías muy oronda
perfumes delicados y tu aroma
que inudaban las playas y las lomas
ofreciendo alegrías y no duelos
a quienes conocían tu paciencia.
Entiendo: eso humano es una ciencia
de la bondad tan tuya y de su audiencia.
Encerrado en tu piel, bendito fuero,
el supremo misterio de belleza,
delicado y sutil como una queja,
duele en el corazón. Sobre la mesa
ya entierro la esperanza, enfermo y muero.

Sancho medita sobre la muerte

Come bien los carneros, los corderos,
la descarnada alegre engulle todo,
curiosa, tiene propio, lindo modo,
de arrebatar la vida, caballeros,
pisa las altas torres de los reyes,
las más humildes chozas de los pobres,
trae abajo a los tan fornidos robles,
abate a toda clase de dementes,
a los cuerdos los mata, fina hoja,
preeminencias hincha en sus alforjas,
no respeta a prelados ni a las mozas,
traga a todas las bellas, lo disfruta,
a la gente común se la manduca,
hidrópica, malvada, la gran puta.

Curioso discurso de don Quijote sobre las armas y las letras

Con armas se defienden las repúblicas,
se conservan los reinos y ciudades,
se aseguran caminos y los puentes,
se despejan los mares de corsarios.
Ser eminente en letras cuesta mucho,
el tiempo se nos gasta en las vigilias,
en hambre, desnudez, o cefaleas
o fuertes calenturas del estómago.
Ser buen soldado da mucha congoja
a los humildes de esta fiera España
a pique de perder la vida entera
en la tierra o el dominio de Neptuno.
En la guerra dejé necesidad,
si tuviera dineros no sería
temerario Quijote en los combates,
aunque guardo muy llena la talega
de los maravedíes, calderilla
para comprar las islas Baratarias,
deleite de los Sanchos con su panza.
Sedas de Dulcinea del Toboso,
libros de mis hazañas que ya adornan
bibliotecas enteras en La Mancha,
espadazos de furia que reparto
a oscuros malandrines de los campos,

o bellacos fantasmas de gigantes,
salen de faltriquera que bien cuido
como algo muy precioso en mis hazañas.
¡Sueña, Sancho, no duermas, sueña, sueña
para ganar la fama castellana,
nuestro padre que Dios tenga en la gloria,
don Miguel de Cervantes Saavedra,
la péndola que escribe sin descanso
cuando buenos lectores abren libros!

Pensando en Francisca Sánchez

Rubén Darío halló en Francisca Sánchez
el amor con que sueñan los poetas,
morada ardiente contra las dos flechas
de la vida errabunda en las mil calles,
virtud que domeñaba a los tormentos
que se le aglomeraban en las sienes,
la salud recobrada que se infiere
de su talante libre como el viento.
Llego como Darío hasta tu vera,
con la lira colmada de alegría
como sutil ofrenda que amanezca
sirviéndote, cuidándote la vida.
¡Francisca Sánchez acompañamé!
¡Francisca Sánchez acompañamé!

Azorín en la ventanita del sobrado

No puedes ver el mar, vieja Castilla
de vetustas ciudades, catedrales
con sus domos y puntas imperiales,
soledades, hablares de mantilla,
con callejuelas llenas, mercaderes
vocingleros, jardines en palacios,
las torres en los máximos espacios
y abogados sutiles en poderes.
Amarillos caminos y fonditas
destartaladas. Los hidalgos lentos
que no hacen nada, miran macilentos
a las muchachas apuradas. Citas
imposibles. No son partidos buenos.
Amor, felicidad, les son ajenos.

Música triste de Pío Baroja

Trae el acordeón en tarde lenta
a la orilla del mar música suave
que llega como un eco hasta la nave
que penetra en la niebla, macilenta.
No pulsa las mentiras de guitarra
ni tampoco leyendas de la huraña
zampoña. Sueña y hace la campaña
de las cosas más simples. Las amarra
a encantos de la tarde que termina.
El sol se hunde en el mar. Pío Baroja
toca el acordeón. La noche roja
lo envuelve con su manto, difumina
las sombras en la arena, los momentos
que baraja Baroja, cartas, cuentos.

Espadas

Medita Alfonso Reyes.

Avanzar con dos espadas,
con el hilo del pensamiento
y lo pensado,
con el abrazo que dice y siente
y atormenta,
con la mano, la flecha y el arco
que vibran entre los dedos,
puntería y blanco en un haz
que está en el aire.
¡Dédalo me asista en esta empresa!
Llevo palabras,
acero en dos espadas afiladas,
en una.

Horóscopo

Este niño, que la vida
trae en su torrente,
tiene tus genes, Carmen,
y los míos,
reunidos en la gentil
Nausícaa que engendramos,
y tiene los genes
de Ulrich
y de los de su padre
y de su madre, tan amables,
y como es fruto de un amor intenso,
querrá a todo lo que lo rodea,
y a sus dos patrias, Alemania y Perú,
tan diferentes.
Thomas crecerá luego,
aprenderá de la ciencia y de la experiencia,
tendrá una muchacha a su tiempo
y será un hombre bueno entre los buenos.
¡Que lo bendigan los Dioses del Olimpo
y el Dios de los cristianos y los otros Dioses
porque en un niño nace el universo!

Conversación con Thomas Pilgrim

¿Cuándo empezó el tiempo?
¿De dónde salió el agua?
¿Qué había en el reino de lo líquido
en el principio del principio?
Nada sabemos. Sólo que ahí está el sonido
del mar con su trabajo inacabable.
Manantial de música y agua
que sube a la alta montaña
y habita en el caracol que lleva a la oreja
quien nace como un relámpago
como seña de amor en medio de la noche.
Eternidad yendo y viniendo
en la espuma de las olas,
temprana agua perpetua
que va haciéndose incansable
trepada en las alas del tiempo.
Deseo que el rumor del mar te acompañe
como la voz de Dios
en el centro de la más oscura tiniebla,
que arrase con el pozo negro
del sufrimiento,
que sea un tintineo del sol
que tiña de alegría cada una de tus horas.

Que mañana el mar te proteja y te bendiga
como ahora
que escucha tu primera risa de hombre pacífico.

Primeros Paseos

Durante seis semanas del verano
las calles fueron nuestra extensa casa,
cuando trepamos bancos de la plaza,
subimos a la estrella de lo arcano.
Mono, oso, elefantes, plantas, flores,
todo era bueno para el entusiasmo
de quien camina serio castellano
en lenguaje infantil de resplandores.
Recorrimos senderos de los gatos,
pasamos horas y horas con los perros,
anduvimos mirando los camiones,
amarillos los autos, luz de noche.
Quedo solo. Te entrego lo que gano:
palabras que contigo las aprendo.

Luna de Abril

Contemplamos la luna por la noche,
aprendemos su nombre tan difuso
¿por qué se llama luna y no don luno?
¿acaso tú lo sabes?
¿Por qué existen idiomas que nos hablan
de sueños de la tierra tan lejanos
que a los más acuciosos los confunden?
¿alguien puede explicarlo?
Tienes toda la vida en tus diez dedos
para saber por qué te llamas Thomas,
por qué eres alemán también peruano,
por qué hablas enredado.
Hoy miramos la luna con sosiego,
distinguimos sus mares y montañas,
su luz que nos transforma en animales
del sueño y de la risa.

Hierba Luisa

Humea la infusión
de hierba luisa
y al lado de cada taza
parecen piedras
los panes duros
de la semana anterior.
Desde el comedor
puede verse el papayo,
la buganvilla,
los geranios y las rosas,
tan hermosas,
que la gente
que pasa
se queda
de pie,
alelada detrás de la reja,
en una pura contemplación.
Cada mañana tienen
hambre los comensales
que apenas pueden saciar.
Pero son únicos.
Están detenidos en el tiempo,
sonriendo en el patio rojo,
dibujados con transparencia,

como un humo de euforia
que nace en fondo de la tierra
y sube a confundirse con el sol.

Penumbra

La luz de la lámpara ilumina
el centro de la habitación y forma
un círculo en medio de las sombras.
Hay una zona de penumbra
donde se dibuja el perfil del hombre,
sentado frente a la máquina de escribir.
Un ventilador corta la noche del verano
y hace un ruido imperceptible,
como el de un insecto sabio
que convive con gente
que no lo quiere.
El individuo permanece quieto.
Parece una estatua en medio de la niebla,
mirando el fondo del valle
desde lo alto de la montaña,
distinguiendo un río,
hilo de plata hondo.
Lo miro desde lo oscuro
y permanezco callado.
Un moscardón viene desde la calle,
enceguecido se lanza como una bala
al centro de la luz
y luego cae, panza arriba, impotente.
Ahora las manos como rápidas

mariposas veleidosas van y vienen
por todas las teclas
o reposan en la mesa
antes de súbitos vuelos.
Ignoro lo que escriben
pero sé que es lo valioso,
que gracias a esas letras
que mañana saldrán en el diario
habrá alegría en los corredores de mi casa,
y las personas que se crucen con mi padre
en la calle, le dirán que es bueno
lo que dice, y verdadero,
y él vendrá donde nosotros a contárnoslo.
Ya me veo en mi bicicleta
en medio de las casas de quincha,
por pistas adoquinadas o de asfalto,
bajo el sol terrible
o bajo los algarrobos
o en la plácida noche que comienza,
llevando el artículo de mi padre
al periódico, silbando. Tantas veces.
Silbaba entonces, y silbo todavía,
agradecido, cuando mis manos
vuelan como mariposas
y escribo lo que quiero,
mientras mi padre
entre las sombras,
en lo más oscuro,
aguarda sonriendo.
Desde la alta montaña,
metido en el aire puro y en las nubes,
mi padre

mira a lo lejos,
al fondo del valle de lágrimas.
Su voz me llega como un susurro
que me corrige despacio despacio
cada línea.

Coplas de pie quebrado

1

Recuerdo el gesto valiente,
tu caminar tan sereno,
tu vigor,
tus saludos a la gente,
tu manera de ser bueno,
tu rigor.
Bajo el sol del mediodía,
sombra de los algarrobos,
nos hablabas,
tu suave, serena guía,
provocaba los arrobos;
y cantabas.

2

Es un enorme misterio
que tanta gente te quiera,
que me pida
que escriba de ti muy serio,
que dure nuestra madera,
nuestra vida.
Hago lo que puedo, algo

de lo que tú me enseñaste
con tu ejemplo,
y nunca jamás me salgo
de aquello que tú forjaste
en el templo.

3

Se acuerdan de aquellas clases,
tú desgajabas la historia
como un cuento
que apenas tenía fases
guardadas en la memoria,
en su viento.
Fuiste valiente en la hora
más difícil de la vida.
Lo conservan
en su mente ayer y ahora;
sólo el lento tiempo olvida.
Ellos observan.

4

Me sugieren escribirte,
te piden que te contengas,
que no calles,
varios me ordenan decirte,
que te queremos, que vengas
a los valles
de tantas lágrimas negras
para darnos el aliento
necesario

y en lo lejos tú te alegras,
tú te mueves, bien lo siento,
en tu osario.

5

El triunfo, la jerarquía,
los saludos, los honores,
significan
jazmines en la manía
de los que aman a las flores;
magnifican
el resplandor momentáneo
del rayo que cae a plomo,
la cabeza
suspendida en instantáneo
pasar de lo blando al lomo
de dureza.

6

Belleza se desvanece,
se abaten los señoríos,
nada dura;
aquello que permanece
circula como los ríos
y perdura
en la mente de la gente
es la semilla sembrada
por el estro
servicial y diligente,
palabra transfigurada
del maestro.

7

Toda mundanal grandeza,
gran llamarada que fuere,
ya fenece
como pisada corteza
del fruto marrón que muere
y se ofrece
como alimento mejor
de la estación de los días
del verano,
que dejan sólo dolor,
olvidadas melodías
de lo arcano.

8

La fama tan pregonera
con sus mil ojos de espadas
ya dormida
deja de ser lo que fuera
con las hazañas pasadas,
sólo olvida.
Vive la piedra que vemos
en el Egipto soñado
o en la Roma
de Virgilio que queremos
con suspiro enamorado
que se asoma.

9

Restos, despojos humanos,
en las arenas de mares,
sólo astillas,
calaveras y las manos
de la historia que olvidares,
avecillas.
Retorna la primavera
con su cortejo de flores,
anunciando
alegría duradera
y los perpetuos amores
iniciando.

10

No hay flor, la piedra dura
aunque la muerte le horade
las entrañas,
en verdad solo perdura
lo más duro que se evade;
las hazañas
que son poco recordadas
tal vez en mente de locos
se conserven
como acciones muy mentadas
que recuerdan esos pocos
cuando observen.

11

Permanezco solitario
en la noche tormentosa
acabando
poemas en el estuario
de la batalla fragosa
afinando
palabras para que leas
y te conmuevas conmigo
donde habitas;
acaso mi sombra veas
y me juzgues el amigo
que visitas.

12

Se ha quebrado sin embargo
el concierto de la vida
y su encanto.
El niño deja un encargo,
me sugiere que te pida
el espanto
de volver como fantasma,
en noche de luna llena
ser la llama,
pero estás muerto; tu plasma
congelado; roja pena
habla y clama.

13

Con los dioses tú vivías,
te mezclaste con humanos
tal gigante,
y todo lo que decías
lo escuchaban mis hermanos,
voz errante,
verdadera, respetada,
anunciando lo correcto
cada día,
con paciencia muy cuidada,
sin tener ningún defecto,
en porfía.

14

Escribías en mañanas,
en las tardes escribías,
descansabas,
y aún ahora tú afanas
a lectores que tenías
y encantabas.
Las letras desperdigadas
en periódicos de antaño,
nos esperan,
dispuestas, apretujadas;
iremos con el rebaño,
los que quieran.

15

Juntaremos tus escritos,
escogeremos el grano,
conversando;
riéndome de tus benditos
vocablos me afano,
voy pensando:
¡qué suerte tenerte en casa
y crecer bajo tu sombra
tan amada!
Mi madre mientras amasa
empanadas te nombra
muy cuidada.

16

Fíjate, así son los años,
sucesiones muy extrañas,
tierras mojadas
súbitas como los baños
en el río, entre cañas,
ya secadas.
Guardo tiempos diferentes
en mi memoria obcecada;
permaneces
como las más puras fuentes
de la infancia educada,
vives, creces.

17

Eres como la película
que la avanzo y retrocedo
cuando quiero,
la delicada cutícula
que me cuida del enredo,
sutil fuero.
Alzo los ojos al cielo
y te veo con tu cara
muy mentada;
mis pies pegados al suelo,
mi mente fresca muy clara,
despejada.

18

Parece que nada tengo,
que estoy muy desamparado,
solitario,
para los demás me avengo
al destino, muy cuidado,
estepario.
Eres tú mi compañía,
el buen padre que se ofrece;
con tu nombre
me ayudas en mi porfía,
tu afecto pronto me mece,
como hombre.

19

Tú bien jugaste la vida
en el momento preciso,
tan enhiesto,
sin una hora perdida,
contándonos lo conciso
manifiesto
en el fondo de las cosas,
en lo ignoto de las aguas
olvidado,
como perfume de rosas
rojas en medio de fraguas,
concentrado.

20

Tenías humana esperanza;
en la fuerza de las gentes
tú confiabas;
todavía les alcanza
las palabras diligentes
que entregabas
en la mañana y la tarde,
en la noche silenciosa,
ayudando
a los niños sin alarde,
a la muchacha llorosa,
clamando.

21

!Que todos encuentren pronto
fuerza dentro de su alma
desgarrada!
¡pido al caballo que apronto
en la arena de la calma
más cerrada,
llegue primero a la meta
personal, por nadie impuesta,
bien ganada,
que él encuentre solo veta
de triunfo que mucho cuesta,
poco o nada!

22

El hombre llega a la playa,
pisa la arena mojada
y se lanza
donde la mirada vaya,
brazada, mano arrojada,
solo alcanza
a cubrir el horizonte
donde se pierden toninas
que entran, salen,
las acróbatas del monte
de las aguas cristalinas
que más valen.

23

Dime, ¿qué es felicidad?
Ver al padre tan glorioso
ya venciendo
toda la dificultad
del viento más tempestuoso,
ya queriendo
arribar a la madera
donde embarcan a las reses
a su suerte,
manera más verdadera,
caminar los propios meses
de la muerte.

24

Toros por eso mugiendo
nada dicen de la vida,
sólo anuncian
que se terminan cayendo;
para qué sirve corrida
si renuncian
a ser animales vivos
pues llevan la misma muerte,
en pezuñas,
en las astas, los esquivos,
los que buscan una suerte,
en las cuñas.

25

Así ese niño nace
ya marcado por la muerte
madurando;
en la cuna donde yace
suave permanece inerte,
acabando;
su periplo de los años
en el mismo nacimiento
terminado;
se malician ya los daños
que le causa el crecimiento
apresurado.

26

Encuentro una condena
en quedarme solitario
extrañando
libertad con la cadena
del sufrimiento tan vario,
apagando
ansias de disfrutar junto
a lo que me da la vida
como dones;
nada sé, sólo barrunto
que la luz es despedida
de arañones.

27

Nacemos para morir,
intonso quien no lo intuye;
en comedia
le agradaría vivir,
corre feliz, salta, huye,
y lo asedia
el conocimiento cierto
que conversa en toda plaza
con la suerte
y la vida en un concierto
que a cualquier hombre lo emplaza
con la muerte.

28

¿De qué vale sólo reír
con los gestos del payaso
educado
para darnos el sentir
de aquello que se va, paso
tan callado,
tal el cerrar de los ojos
de los muertos más queridos
y olvidados,
si quedan los ojos rojos,
los festejos ofrecidos
sepultados?

29

Nunca existe la ventura,
ni los bienes en la tierra,
sólo apenas
rabia y algo de cordura
en el hombre que entierra
con sus penas
la esperanza de tener
algo eterno con sus padres,
la porfía
verdadera de obtener
la duración de las madres
y alegría.

30

Los domingos son más tristes
y los lunes y los martes,
la semana
entera es como los quistes
que están aunque los apartes,
es hermana
de los días desolados
de la semana siguiente
anunciada,
mediodías soleados,
con sufrimiento en la frente
acabada.

31

Salir de la propia casa,
entrar en desconocido
zaguán verde,
es pasar a lo que amasa
el oropel más temido
que nos pierde.
Esa gente de la fiesta,
apenas ve, sólo olvida
su sufrir,
con su cara manifiesta
que la esencia de la vida
es morir.

32

Cuando la caña pensante
observa su vida entera,
mejor quiere
clausurar lo de adelante,
volver a materna esfera
que no muere,
para ya poder nadar
en la más pura belleza
que madura,
lo que no puede acabar
ni el tiempo ni la tristeza,
y que cura.

33

Dicen que el delito humano
es venir al mundo solo
acabando
con padre, madre, el hermano,
vivir en el puro dolo
y finando.
Al principio hubo amor
y algo de hermoso placer,
una espada,
un desvaído color
que no se puede querer,
luego nada.

34

Escucho sólo reproches
a quien escribe poemas
y se pasa
días enteros y noches
con diccionarios y lemas
en su casa
las palabras escogiendo
que le parecen precisas,
mejor dichas,
en cada caso poniendo
las justas, exactas sisas
y desdichas.

35

La vida es un sinsentido,
también la muerte anunciada,
todo acaba;
es cierto lo que es vivido
por la gente emocionada
que finaba:
si aquí nada bien se explica
dejar poemas es justo
deletreo
que en la soledad se aplica
para otorgarse un buen gusto,
un deseo.

36

A nadie le causan daño
las líneas que pergeño
apurado;
acomodado en mi escaño,
limpiando con mi barreño,
atildado,
tomo la palabra exacta,
me regocijo contigo,
la sonrisa
del poema ya refracta
el mar del verano, higo
de la prisa.

37

Miro la tierra perplejo,
observo el mar azul grana,
alto sol
me ilumina, luego dejo
vagar por la ola mi gana,
en el bol
escruto la vida entera,
las subidas y bajadas,
me acompaña
como sombra de madera
en los bosques y majadas
cierta braña.

38

Vida merece vivirse
tranquila entre animales,
soleada,
en camino para irse
de la tierra de los males,
acabada
por las peleas feroces
de los hombres envidiosos,
carniceros,
caballos que dan las coces
en los puentes y en los fosos
con lanceros.

39

Quédate orondo en la vía,
con la palabra del padre
repetida,
una y otra vez porfía
por recordar a la madre
comedida.
No hay esperanza ni amor
que alivien de lo perdido
en las sombras,
todo tiene gris color,
no, nada tiene sentido
si lo nombras.

40

El hombre empingorotado,
desesperado por fama
ya fenece
sin haber nunca logrado
aquello por lo que clama
y no crece.
En cambio tú, padre mío,
humilde entre sencillos,
de decires
sosegados como río
de perlas, como anillos,
más vivires.

La tahona de Antonio Ordinola
(Piura, 1950)

La tahona Ordinola, ¡ricos panes!,
amasaba alfajores deliciosos,
los muchachos corrían muy ansiosos,
buscando centavitos con sus canes
arrufando en el medio de la acera,
o salían chupándose los dedos
y después les venían los enredos
con las madres, abejas y su cera.
Había un dulce bomba, puro almíbar,
la joya verdadera de la tienda;
trocábase en el más intenso acíbar
al llegar a la casa en la contienda:
doñas contra los hijos descarriados,
suspiros exquisitos y robados.

Encantos de la Luna

Para Mirla Alcibiades

Jazmín que encierra todos los inviernos
en bufandas azules y en sus mantas
o se lava las manos en ginebra,
mudándose de tiempo,
ya sube desde el fondo de cenizas
entre papeles verdes y carátulas;
no la arredran ni el polvo de los días
ni el humus de los siglos.
¿Qué hace esta mujer tan inteligente
dilapidando vida entre legajos,
descubriendo torpezas de cuentistas,
poetastros inanes?
¿Por qué literatura de matronas
le da curiosidad a manos llenas
si pudiera estudiar cosas donosas
mañana, tarde y noche?
La llaman el enigma de Caracas,
la sola correctora de escrituras
inventadas en noches solitarias
por genios medio locos.
Mirla come la uña con denuedo,
se lastima las yemas con los dientes,
se duerme con los ojos muy abiertos,
sueña, habla con Bolívar.

Mirla está bajo encantos de la luna
entre la algarabía de sus libros,
páginas que ella pasa con los dedos
húmedos de rocío.

El Libro de un Amigo

Leo a Ricardo Silva Santisteban
como paladeando un suave vino
que me ofrece la vida en el camino
o para la tristeza que se empeña
en clavarme su garra tan salada.
Sus versos reconfortan al sufrido
amigo que respira ese gemido
de quien ya perdió el alma por su amada.
El poeta conversa en una esquina,
su imagen es muy seria, muy tranquila;
exhibe sus palabras que bien tienen
la gracia de los ríos lentos, mansos,
que ya besan tan quedos los ribazos
o estallan con la furia que se enciende.

El Vidrio es un Líquido

El vidrio es un líquido.
Tus ojos son de agua.
Gotea el día y se hace noche,
humo tu mirada.
En dos siglos cae el vidrio
y se espesa en lo bajo.
Estás ahí en lo oscuro,
oculta de los catalejos,
en las zonas blandas.
Por el vidrio lenta baja mi lava,
la vida breve que no alcanza
para entrar en tu neblina.
El vidrio es un líquido,
añicos de gotas de agua.
Llega el sol y seca
los vitrales. Sólo quedan colores puros,
una iglesia de palabras.

Diatriba y amor a Lima

Altas cúpulas,
callejuelas estrechas
de tenderetes multicolores,
pulular de gente
en los atardeceres del verano
y el velo blanco de la muerte
que vio Melville.
Lima semeja a un fantasmal,
horrísono y descascarado barco
a la deriva, imagen real
de la decadencia, algarabía
de cornetas y bocinas,
grito presuntuoso del animal
que vive en cada hombre.
Lima está colmada de basura,
de validos y paniaguados,
de gente mezquina
que ha sentado sus reales
en todos los grupos sociales
y que saca ventajas de cualquier
ligero privilegio.
Pero aun así la queremos
como al pariente baldado
al que se protege

con la secreta esperanza
de un día curarlo
para siempre.
Tiene sus misterios
escondidos, lugares
que son verdaderos oasis
para el viandante fatigado.
Y hay amigos, amigos de verdad
en medio de la marea vocinglera.
Y puedes encontrar amor,
Diógenes, si lo buscas
con tu linterna.

Perú de metal y melancolía

Hablamos del Perú.
De la necesidad de quererlo
diciendo pocas palabras,
susurramos algo de sus ríos cristalinos
y de sus ciénagas, de sus parajes
más remotos donde habita
la gente sencilla.
Tomamos nuestra taza de café
en el centro de lo más oscuro
y cuando el aroma va elevándose,
se disipa el desasosiego
y advertimos que en la misma noche
hay un lugar querido
para la sonrisa
de la libertad,
incluso cuando parece
una pequeña sombra vana
difuminándose en el futuro.

Primavera

Otra vez primavera con sus galas,
sonrisas sin ningún motivo agudo,
tu milagroso sol que solo cierra
aquella herida abierta.
Viviendo cada día tú quisiste
ser libre mariposa de los árboles
y viniste a posarte en los hombros
de lo que no querías,
o tal vez deseabas sin saberlo:
¿por qué los hombres dilapidan vida
andando solitarios por el mundo
desgajando sus días?
El rayo inesperado de tu vida,
el gesto transparente de tu boca,
la esmerada prudencia de tu beso:
fragancias y quimeras.
No sirve lo sabido en otro tiempo,
los libros del amor están cerrados,
el botón de la rosa siempre abierto
para que nos embriague.
El azar otra vez reinando fiero,
juntando las dos vidas de la historia
que habitan los humanos desde siempre,
jugando con el fuego.

Una mujer y un hombre están muriendo
caminando desiertos por el mundo,
de pronto la alegría los enciende,
los hace uno en el aire.

Invierno

Visitar los parajes del amor,
pasar las experiencias tan aciagas,
merodear indicios semejantes,
daña a quienes se abrazan.
El relumbre de hogueras apagadas,
el dudoso valor de la nostalgia,
esa fluctuante luz, la débil lámpara
de las sombras amadas,
nos traen reconcomio si vivimos
atados a la risa sepultada,
desasosiego, espera de otro tiempo
que nos consume el alma.
Dime, ¿qué es el amor sino la inútil
búsqueda de un sentido de la vida
que al entendido iguala con el tonto
en la misma ignorancia?
Con el paso de días de tormento,
llega serenidad a nuestra pena,
se confunden los besos en memorias
y vino generoso.
De muy poco me sirve lo que escribo,
te dibujo encerrada en mi línea,
bendigo tus miradas encendidas,
tus nieblas y tus rosas.

Canción de la pureza

Escrita por Li-Po en homenaje
a la Emperatriz llamada
la dama serena de la tierra (750)

La pureza nos viene si juntamos
comienzos con finales de la vida,
por eso mi deseo que bien sientes
a la altura del fuego que nos une
es fuerte catarata que te sueña
propia como la tierra más sedienta,
metafísica estrella titilante,
Emperatriz que manda toda la China.
¡Que nada turbe el cielo imaginado!
¡Que el verso sea llave penetrante!
¡Que quieras tal ahora que te adore
con la voz más oronda de la vida,
con fe del carbonero que bendice
a la dama serena de la tierra!

Dos mujeres

Suben por las escalinatas
de Macchu Picchu dos mujeres
de boinas azules.
Llevan luz en su sonrisa,
alegría a la bruma de los dioses.
Adolorido las miro desde la explanada.
Camino arrastrándome
y no puedo acompañarlas.
Me parecen aves
que van volando a los cielos,
que se hacen diminutas
entrando con las piedras milenarias
en medio de las nubes.
El azul de sus cabezas
se difumina en el aire
y no queda sino su estela
en mi retina obstinada.
A mi lado pululan los turistas
con gorros y vestimentas de colores.
Esperan que aparezca el sol
trayendo amarillo al verde
de la montaña. Pero es algo oscuro
lo que viene de lo alto
y trae angustia

a sus corazones desconcertados
y paciencia al mío,
lento como un reloj de arena
en el trasvase del tiempo,
mientras hojeo con extremado cuidado
unas páginas de Alberto Szretter
que aconsejan que las palabras
deben parecerse
al agua fresca de la lluvia
o al cristalino arroyo
trepando nuevamente al cielo
en busca de la nube.
Pasan las horas interminables.
Desde el hogar de los dioses
regresan con la lluvia
las dos mujeres, radiantes.
El agua purísma
viene de los cielos
y de sus bocas cantarinas.
Me hablan, me hablan
las dos mujeres
al mismo tiempo
y me quedo perplejo,
contemplándolas.

Torre de marfil

Hasta la almena de la torre llega
grito de multitudes de fritanga
de la gente que vende su cachanga
y que espera la noche que se pega.
Hay en el pebetero los olores
adivinables en gente que presume,
lavanda es lo mejor que se consume
entre el color de tantas rojas flores.
Abigarrada multitud dormida
parece no tener noción de la vida
desde lo alto en torre relamida
donde bebe el poeta de buen pico
con sus orondas damas, ¡sombrerico
de miedo por el sexo, tan tan rico!

Contra la torre de marfil

Observamos ruinosas las alturas,
donde bien se guarecen los pedantes
escribiendo sus versos tan cargantes
de aburrimiento amargo de Angostura.
Cortejan a las nubes con su canto,
conversan con los cuervos campanarios,
ya pescan a la nada en los estuarios,
o tocan a las damas en sus flancos.
No frecuentan la vida de las plazas,
ni suben a los árboles añosos,
ni viajan a los fondos de los sueños,
ni conocen tabernas de los pueblos.
Arrojan las palabras como lanzas
desde el alto marfil de gualdo ocioso.

Garabato

Vida: camino en el que nada pasa
dos veces,
o un interminable ensayo
para una noche de estreno
que nunca llega,
hasta que mueres.
La mano escribe garabatos
que nadie entiende,
que semejan el deslizarse
de las zapatillas
sobre la alfombra
de la gran sala del silencio,
que llegan a tus manos
como jazmines de la planta
que sembraste
bajo la luna llena,
hace tanto tiempo.

Lo real imaginado

En la ilusión de lo real
el fuego desconocido
alumbra al fuego conocido.
Lo real no hablado, aunque visto,
es sólo soñado
como una sucesión de imágenes
de indefinible pesadilla.
Habla, por eso, Santiago, no calles,
explícate lo que amas
y baja al infierno de lo ignoto,
cava ahí, en lo más oscuro,
con tu pala de sonidos.
¿En qué te convertirías si callaras?
En alguien que camina lento,
se bambolea, un oso
que no sabe de palabras,
un gruñido.
Habla para que vivas
y exista lo que sueñas.
Una palabra está siempre
disponible para ti,
un significante amo,
una llave para tu cofre.

Comunícate con los otros,
aunque la esencia de lo que hablas
sea el malentendido.
Aunque estés solo, emite
tus sonidos.
Si callaras, otros,
Carlos o Manuel
o una muchacha en la penumbra,
dirán lo que eres,
y que tal vez no seas,
si hablaras.

Mimo

El callado hablantín de tantas horas,
sin afeites querrá dejar la feria,
cuando llegue el aciago instante leve
que señale el final de la comedia.
Luego poco valdrá su gesto mimo
ni lo que otros dijeron de sus artes;
quedará tan vacío el escenario
que nadie pensará que fue grandioso
alguna vez, con riadas, parlamentos
del silencio, filtrándose en las tablas.
Mimo baladronándose en el aire,
creyéndose mejor que los finados,
goza ahora de aplausos respetables
que viven madurando sus finales.

Ojo de tiburón

Venimos del tiburón.
El ojo del tiburón
en el ojo de mi padre,
vive el tiburón en el ojo de mi abuelo,
y en el abuelo de mi abuelo
y en todo mi árbol.
Por eso amamos el mar
y las aguas cálidas
y tenemos los dientes afilados,
listos para el combate,
por eso estamos inquietos
en los sitios cerrados;
las radas son para otros,
las sierras, las nubes altas.
Para nosotros las brisas salinas,
las cuevas llenas de agua,
el mar abierto,
la carne fresca y viva
de los que se bañan
alrededor de los barcos.
Que los hombres que llevan tatuajes
den sepultura a sus ahogados.
En los dientes llevo cuchillos,
y en los ojos, negros cuchillos
rasgados.

Abrazo de oso

En la cofradía de los osos grises
nos ocultamos en el rincón de la casa,
largo tiempo permanecemos en lo oscuro
y cuando llega la noche somos los osos.
Tenemos garras de oso en las manos,
nuestra cabeza es de oso, nuestra danza,
caminamos en cuatro patas, arañamos el suelo,
gruñimos como los osos grises.
Luego, en medio de la tiniebla,
me separo de mis compañeros,
llego a tu cueva secreta y te abrazo,
te estrujo, te doy el abrazo del oso.
Así aparecemos en la fotografía
que nos tomaron: una osa con su oso,
felices por un instante.

Río abajo

Vienes desde tan lejos con tu risa
que me quitas la pena compañera
de tantos años fiel amiga, fuera
del botón soledad de mi camisa.
Tienes algo de blanco y algo verde,
me traes un jazmín en suave mano,
me alegra tanto verte que me afano
en llevarte a mi campo donde muerde
serpiente pasional que besa y junta
en una sola carne enamorada
a hombre con mujer en la tonada
de dos bueyes en misma exacta yunta.
Te bendigo pues naces tal estrella
de exuberante amor que nunca mella.

III

Gacelas

Gacelas de Friedrich Hölderlin para Diótima (1797-1799)

Asombro

Hablo de tu asombro y de mi asombro.
Electricidad tu presencia
y su contraste:
una tranquilidad pasmosa,
desconocida por años de años.
Pero no es paz
lo que te ofrezco,
es el desasosiego
que anuncia lo diferente:
el desarreglo de tu castillo,
la caída del orden antiguo,
de las citas grabadas en la piedra.
Veo tu miedo, siento tu miedo,
te espeluzna vivir lo que se anuncia:
un amor naciendo siempre,
como el mar eterno,
incansable, batiendo las costas.

JILGUERO

A ese pobre jilguero tuyo
le ofreces agua,
una sonrisa,
tus manos,
te das a veces.
Si permaneces callada,
hoy y mañana,
cualquier canto
puede ser el último
que en tus oídos suene.
Y si a pesar,
el jilguero
otro canto te dice,
será una no–vida,
un relámpago en el día,
algo parecido al sueño
o a la muerte.
Si ha nacido para cantarte
no será jilguero el que entonces fuere.

Homenaje

Lo que nunca digo
a nadie
lo guardo para ti,
para ti lo guardo.
Para ti reservo mis secretos,
mis secretos para ti los reservo,
y lo más hermoso.
Aquello que haga bien
será tuyo siempre,
siempre será tuyo,
como oro, incienso y mirra
en tu homenaje.

Del afecto

Mi afecto
no necesita probanza
porque lo sientes día a día
y sabes que alrededor de ti
he organizado
toda mi vida.

Maravilla

Esta es la maravilla:
los encuentros de tanta gente
que se quiso
durante siglos y generaciones
hasta llegar a tu madre
y a tu padre
que también se amaron un día
y te permitieron
nacer, ser tan delicada
y tan buena, pero tan buena,
y te pusieron con tu voluntad
hoy junto a mí.
¡Es como para no creerlo!

Irrupción

Irrumpiste
como la luz
de cada mañana,
haciéndolo porque sí,
sin permiso de nadie.
Reconozco tu fulgor,
tu música extraña.
Quedo iluminado por ti,
bañado en tu fuego,
encendida zarza.

Duermevela I

Retiro con dulzura el encaje,
chupo tu pezón como una naranja
y el beso lo deja más grande
y más gozoso.
¿Cómo algo tan simple puede
transformar la tierra
dibujando una estela en tu mente
y mi mente?
Pero es apenas el principio.
El programa es tan largo,
pero tan largo,
consta de exploraciones
y variaciones, que debe durar
toda la vida.
Tanteo en la oscuridad del tiempo,
dejo que sientas mi avidez,
esa mezcla de ternura y de deseo.
Chupo tu pezón, magnífica naranja
del comienzo del comienzo.

Duermevela II

Retiro con dulzura los encajes
y chupo tu pezón como naranja:
para que quede justa la balanza,
chupo el otro pezón sin que se escape.
Quedan así ¡tan grandes, tan hermosos!,
dibujando una estela con tu mente
y en mi inconsciente extraño, diferente,
la imagen de tu risa roja y gozos.
Tanteo en la caverna de mi tiempo,
dejo que mi avidez se manifieste:
rara mezcla, ternura con deseo
no es programa de un año, es de quinientos:
la vida no alcanza si uno quiere
avanzar cauteloso en los comienzos.

Separaciones

La vida entera son separaciones.
Contigo viaja
mi apetencia de tenerte.
Está en tu piel,
en tus ojos, en tu mano,
mientras vivas.
Esa alegría
que me has dado este tiempo
está conmigo
y nadie puede arrebatármela.
La vida entera son separaciones,
pero he inventado
en este poema
un hilo invisible
que nos une para siempre.
Y cuando vuelvas,
si acaso,
dirás:
este es el hombre
que me quiere toda la vida.

LIVIANA LUZ

Tú eres la luz
en el negro pozo
y te llama la tiniebla
en la lejanía.
Para cumplir
tu destino
de luciérnaga
vas a encender
esos carbones apagados.
¡No te quedes
en eso tan incierto!
¡Ven a dar luz
donde te corresponde!
¡Haz de mi caverna
el lugar más sereno del mundo!

Caverna

Reposa el corazón en su caverna,
tan lejos del furor, muy sosegado,
en medio del sonido enamorado
del río cristalino y luna llena,
y si una loba túrbalo y lo manda,
no hay fuerza de deseo entusiasmado
que lo despeñe en negro mar airado
o en la pasión de nieve en la montaña.
Ahí quedo, muy quieto, el olvidado
de todo lo que sea la apetencia
con fina pena evoca a su querencia,
a aquella que no exige y que lo quiere.
Nada es cierto. Ni acaso lo soñado.
Miren que el solitario ya se muere.

Memoria del vino

Gustaba del color del regocijo,
del grana terciopelo en movimiento,
azogue paladar, anhelo quieto,
tu gesto de placer, el vino tinto.
Gozaba del color de la botella,
verde, ámbar y rosa por la tarde:
ya tristes los perfumes no me expanden
aromas de tu piel y sus estelas.
Poco queda de aquellos días finos,
nada de tu figura tan hermosa;
sin ti aletea fucsia mariposa
del tiempo que evapora lo vivido,
tal el amor marchito en las dos copas,
como los vinos yertos, tal la rosa.

Zarza

Aquí cabrillea el oro.
Con las olas del estío
va y retrocede.
Esta es la zarza,
la espada que corta
las aguas
aguzando su filo
cuando llega
a la playa.
Una bola de olvido,
un olvido de fuego,
un fuego de fuego
nace del agua.

IV

El Imperio de las Luces

Orígenes

Viajo al lugar
del nacimiento
y contemplo al mar leve,
absorto en ese murmullo
de blanco tan fuerte
que luego regresa,
filamento, a perderse
en lo azul oscuro de la noche.
Lejana, sonríes para ti,
como una montaña
cruzada por una nube.
Surge del agua
una melancolía
que desconozco.
Solo, frente al mar,
te ofrezco mis días.
A lo alto de la cumbre
llega mi voz,
un hilo ansioso
que te invade,
te deja temblando
y desaparece
como la lluvia

cayendo sobre las aguas
azules verdes y blancas
del mar Pacífico.
Una nube te envuelve,
te abraza con mis brazos.
Las yemas y las palmas
de mis dedos, morosas,
recorren tu rostro.
Tú eres la vida.
Hay fuego en tus ojos,
indescriptibles incendios
de maderas del bosque,
ríos y mares distantes.
Penetro en tu niña,
danzo entre el agua y el fuego,
me hago humo
y me esfumo en tu cuerpo
como la ola regresando
a sus orígenes.

El imperio de las luces

En la calle, abolengo de lo oscuro,
amarillo farol tiene destellos
nacidos del meollo de colores:
sol de la soledad, con la niebla
y el agua que ya pasan como río,
mientras arriba impávidas las nubes,
blancas, blancas, celestes en el mar,
semejan la más pura luz radiante.
Un foco diminuto muy amarillo
ofrece su calor a varios árboles
que conducen lo más negro verdoso
del fuego de tiniebla a la mañana.
Permanece René Magritte vivo
con su ajedrez del día o de la noche.

El descubrimiento del fuego

Miren: las águilas se transforman
en montañas, los hombres en lluvia
y las piedras en palabras. Las rocas
flotan en el aire y de las chimeneas
salen trenes. Una tuba está en llamas.
Sepan que vino un individuo
con dos piedras, las chocó largo rato,
hizo nacer el fuego y se rió de manera
extraña. Es ese que se va
caminando lentamente
con un bombín en la cabeza
y que en la espalda lleva árboles.
Ahora llueve sobre la tuba
y no sé si serán hombres
o piedras o palabras.

La página en blanco

A lo lejos, en la noche estival,
hay una línea de casas
en las afueras de la ciudad.
Se ven nítidos sus contornos
y apenas se adivinan
unas luces encendidas
dentro de las moradas.
La gente acaso duerme.
El cielo tiene dos azules:
uno claro que parece el mar de la mañana
y otro enfundado, casi negro,
mar de las tinieblas y la parca.
Una rama de laurel en el primer plano
tiene colgado al disco lunar
que desconcierta.
De esa luz nocturna que dejó
René Magritte nace una palabra
inesperada que lo bendice.

La magia negra

Es una estatua griega, rosada
de las rodillas hasta la cintura.
La mano derecha, rotunda y serena,
reposa sobre un tronco.
Todo lo demás es azul
en ese cuerpo maravilloso.
Azul el fondo rodeado de nubes.
La mujer reclina ligeramente el rostro
y cierra los ojos. Se funde
suavemente con el mar y el cielo,
preludia los hijos,
el ciclo de las estaciones
y la quietud definitiva del mundo
en un día que contiene
y expande la noche.

La primavera

El borde del muro apenas asoma.
Sobre la piedra perfecta, espejo de eternidad,
un nido de mimbre con tres huevos
anuncia a los pájaros que vendrán.
La floresta de un verde pálido
oculta su vida, sus insectos, el bisbiseo
del agua en su borbotear.
Del cielo, con su cúmulo de nubes blancas
y el suave celeste, emana una extraña
tranquilidad. Vuela inmensa el ave verde
de la primavera, en el cuerpo lleva troncos, ramas,
hojas verdes, un diamante invisible y verde
en el centro del corazón. Ha llegado
el día hermoso y casi no durará.

La invención colectiva

¿Sabes? Las sirenas
ululan en la noche en medio
de los arrecifes. Son mujeres
que sonríen y peces que se escapan
y atolondran a los hombres
que mezclan su espuma y su deseo
con la espuma de las aguas.
Pero en la mañana, en el mar manso
de azul difuso, en el límite de las aguas,
en la arena rojiza, quedan varados las piernas
de mujer y el vellón de Venus
y el vientre combado y las aletas
y el ojo muerto de pez que sobrecogen.
El misterio te detiene.
Difunta la sirena,
danza y ulula
en el mar de tu retina
llena de algas.

Conversación bajo la luna

Jacques Baron –Es importante leer entre líneas el calor de la vida. Extraer el zumo de la realidad cotidiana.
André Breton –Todo lleva a creer que existe un punto del espíritu donde la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incomunicable, lo alto y lo bajo cesan de ser percibidos contradictoriamente.
René Magritte –Dibujé una pipa y escribí: esto no es una pipa.
Michel Foucault –Y tenía razón. Nada de eso es una pipa, es un texto que simula un texto, un dibujo de una pipa que simula un dibujo de una pipa (dibujada como si no fuera un dibujo) que es el simulacro de una pipa (dibujada a la manera de una pipa que no será ella misma un dibujo). Y así se producen siete discursos en un solo enunciado.
Antonin Artaud –No admitimos que se entrabe el libre desarrollo de un delirio tan legítimo, tan lógico como otra asociación de ideas o de actos humanos. Aquello que dice Foucault quede registrado como manifestación de sabiduría, aunque quedemos en tinieblas.

René Char –En las tinieblas no hay sólo un lugar para la belleza. Todo lugar es para la belleza.
René Magritte –Existe una relación constante entre la belleza, la mujer y el misterio. Una mujer contiene otra mujer y toda la sabiduría humana.
César Moro –Vous etez morts et parlez espagnol!
André Breton –Mais tu es peruvien!
César Moro –C'est vrai aussi que je suis enchaîné a la langue française.
Octavio Paz –Es suficiente que un hombre encadenado cierre lo ojos para que haga estallar el mundo.
René Magritte –Todo lenguaje vivo o muerto, toda persona muerta o viva apuntan a la belleza. En el mar de las tinieblas asoma del sol de fuego y en el mediodía ardiente queda grabada la luna con su halo.
Hans Arp –Y los cabellos blancos de las piedras, y los cabellos negros de las aguas, y los cabellos verdes de los niños y los cabellos azules de los ojos.

Oración por Henry Michaux

Presentador —Sin atmósfera, huraño,
lejos de los cenáculos,
de los salones, de los homenajes,
sin clientela, sin mujeres de mundo,
sin jóvenes que cultiven su nombre,
sin fotografías, sin prefacios,
sin inauguraciones,
sin la menor traza de lo académico,
ni simbolista, ni parnasiano,
ni cubista, ni dada,
ni surrealista, ni imaginista,
único, en su rincón,
o en una meseta de los Andes,
o más lejos, en un país
no contaminado, hecho de puras
palabras donde los autos
están enterrados en los bordes
de las carreteras y los más pobres
tienen colmada la boca
de relámpagos de verdad,
Henry Michaux, el extraño
viajero.

Henry Michaux –Señor de la vida y de la muerte,
no traigo ni blasfemias ni aplausos,
ten piedad de mí, extranjero
en tantas rutas, sin maestro,
sin riqueza, con la gloria siempre
lejos, tú eres fuerte
y divertido por encima de todo,
ten piedad de este hombre enloquecido
que antes de cruzar el Leteo
te grita su nombre,
tómalo al vuelo,
que todo se haga,
si es plausible,
según tu temperamento
y costumbres,
ayúdalo,
ayúdalo,
te lo ruego.

Düsseldorf

Düsseldorf.
Ráfagas del viento de la primavera.
Un millón de luces despiertas
en la madrugada
y ramalazos de oscuridad
en lo más hondo.
Del tiempo sabías bien
cuando te callabas
y no conoces nada cuando
te lo preguntas.
Del tiempo y los espacios.
No fue aquí, fue en Jena,
el 6 de noviembre de 1794.
Hölderlin visitó a Schiller
y éste le presentó a Goethe.
Sordo y cenceño Hölderlin
permaneció callado ante
el ceñudo Goethe al que admiraba
como a Zeus. Tronó Dios
con su indiferencia.
Y no se hablaron.
Hay quien pinta la escena
como el silencio de un ángel oscuro
enviado del Olimpo

ante el poder de un pequeño rey
de la tierra.
Dicen su verdad
y también hay otras.
Goethe era el rey de la luz
y Hölderlin el emperador
de las sombras.
Ambos usaban el alemán
para conversar con los dioses.
Y su voz la escuchamos
en las nubes, en las aguas
y ahora en las luces que tiemblan
en la madrugada de Düsseldorf.

V

Soledades

Otoño

Leve vuela al viento una hoja.
Hoja no: roja mariposa.

Orión y Artemisa

En lo alto de cielos ya colgado
el gigante más bello de la tierra,
ahora es la materia incandescente,
ayer, deseo loco.
¿Es ciervo o es muchacha quien habita
en el centro del centro de montañas
donde moran las ninfas de los ríos
y del aire más puro?
Artemisa camina por el bosque
cuidada por cortejos de lebreles;
descubre los senderos con la luz
de una estrella de Orión.
El escorpión se esconde entre los pliegues
de su túnica, rojo como sangre
de Orión cuando se muere y no se muere
y se cambia en estrellas.
El amor en verdad comienza cuando
Orión mira a Artemisa entre los árboles,
y se le acerca tibio en el deseo,
para encontrar su nada.

Canción Dadá

¿Quién eres Tristán Tzara?
Me acuerdo de tu mano disparando
una pistola de agua.
Me acuerdo de tu dedo dibujando
una estela en el aire.
Eras el domador de los leones
en el circo de Zurich.
Tenías el color del mar azul,
negro y blanco en las noches de la luna.
Tu risa se comía el sol, papaya,
para tu hambre inmenso matutino.
Liebres, camaleones,
eran el plato fuerte
de las tigresas risa de gatito.
Con las cejas llamabas a muchachas
de falda verde látigo.
La gente reclamaba a grandes gritos
y tú por complacerla te metías
de cabeza en las fauces.
Los revolucionarios denunciaban
tu temeraria acción a policías.
Te morías de risa y del aplauso
y acariciabas senos de señoras.
Amor es transgresión vociferabas

pataleando en hombros de caballeros
que solían hablar de poesía,
"llévense a este loco domador
de leones, déjenlo en blancas cárceles
sin público, estúdienlo en escuelas,
¡que entre a la Academia!"
"¿De quién hablan?", decías.
Te taparon la boca con sonetos.

Soledad de Arnaut Daniel

Para Carlos Germán Belli

El pálido marfil que viene frío
saliendo de montañas agua plata
enciende la luciérnaga en la noche,
espejea radiante, trepa nubes,
conmueve, desordena, anula todo,
deja un olor finísimo de vida.

Así principia orgánica la vida,
con un sabor intenso y luego un frío
que cruza la columna, luego todo;
el osario se queda tal la plata
perdiendo su color como las nubes,
relumbrando en el centro de la noche.

Sólo sombras se mueven en la noche,
apenas los fantasmas de la vida,
espirales que suben a las nubes,
un calor en la médula, lo frío
metiéndose en la vena de la plata,
haciendo otra mujer de piedra en todo.

Contigo solo nada y quiero todo,
el día interminable con la noche,
guardarme tu sonrisa, hebra de plata,

madeja de lo hermoso de la vida.
Me regalas lo ardiente más lo frío
que inventas en lo blanco de tus nubes.

Subo de la caverna hasta las nubes,
elevo lo que guardo, junto todo
para encender tu médula con frío
y en medio de esa llama de la noche
quiero entrar en tu cuerpo que es la vida,
inundarte de azogue, amor de plata.

Viviendo, manantial de piedra y plata,
me traes a la tierra de las nubes,
mezclas mis locos sueños con la vida,
me pones los principios con el todo,
amaneceres rojos y la noche
y me dejas temblando, ardiente y frío.

El frío está en tus ojos agua plata,
en tus nubes que reinan sobre todo,
en la noche que enciende nuestra vida.

Soledad de Fernando de Herrera

Me sumerjo en el fondo de tus ojos,
aspiro lo profundo de tu llama,
llevo mi indiferencia, llevo nieve,
y pena que florece verde en mi alma;
de esperanzas, sombrías quedan hebras,
pesadumbre me coge por el cuello.

Toco la cabellera, miro el cuello,
permanezco aturdido por tus ojos,
te acaricio el mentón y varias hebras,
me sumerjo en el centro de la llama,
y vivo así muriendo entre tu alma,
haciendo el agua pura de la nieve.

Leño ardiente, me enciendo en pura nieve
majada, blando blanco de tu cuello
perfecto atormentándome en el alma
que entra al cielo, al infierno por tus ojos,
que se abrasa por siempre entre tu llama
y se queda pendiendo de tus hebras.

Balanceo mis penas en las hebras
de tus cabellos más negros, nieve
primaveral pisada por la llama,

y deslizo mis dedos por tu cuello,
quedo absorto mirándote los ojos,
mientras un oleaje llega al alma.

¿Tanta belleza puede ser del alma?
¿Se guarda lo divino en unas hebras?
El misterio mentado de tus ojos
penetra en lo profundo de la nieve
que llena las montañas y tu cuello
orondo, corazón de fría llama.

No quise conocer nada y tu llama
se propuso incendiar mi triste alma,
así quedé muy prendado de tu cuello,
de tus cabellos negros y sus hebras,
delicados matices de la nieve,
blanquísima montaña en puros ojos.

En mis sueños tus ojos y tu llama
alimentan mi propia alma con hebras
de nieve y manantiales de tu cuello.

Soledad de César Vallejo

Las personas mayores ya se han ido
y jamás volverán, viven en nunca,
han viajado a los fondos de la muerte
y nos hemos quedado con el ciego
Santiago tanteando en lo más duro
del nocturno metal de negro fuego.

Nadie nos habla, estamos en el fuego,
son nuestros el silencio que se ha ido
convirtiendo en el hábito más duro,
idiomas de la niebla con su nunca,
los ojos de los sueños y del ciego
observar de la vida halando muerte.

Sabemos que la vida trae muerte,
escondido meollo de oro y fuego
que llega al más vidente y frágil ciego,
a todos los más grandes que se han ido
por la ruta de Orfeo, hasta el que nunca
soñó con la blandura de lo duro.

Comentan que la vida es algo duro,
¿saben de la blandura de la muerte?
¿con quién mamá estará en el jamás nunca?

¿a quién aplacará con nieve o fuego?
Sabemos que no está, que bien se ha ido,
que hemos sido guardados por el ciego.

Nadie nos acompaña, sino ciego,
nadie comenta nada y lo más duro
es saber que la vida ya se ha ido
a su fin natural: la misma muerte.
Las sonrisas marcadas con el fuego
de lo inerte ya viven en el nunca.

Nacemos y morimos solos, nunca
traemos diferente el sino ciego,
así es toda la vida con su fuego;
mayores delanteros en lo duro
de acercarse muy rápido a la muerte,
apenas han nacido, ya se han ido.

Lo ido, lo perdido en lo que nunca
volverá de la muerte, salvo en ciego
sueño, se torna llama, duro fuego.

Soledad de José María Eguren

El solitario en medio de la bruma
camina por la playa con las aves,
atisbando a lo lejos a las naves
fantasmas que se mezclan con la espuma.
Cabrillean las olas en la ruma
del recuerdo amarillo con su clave;
únicamente el tiempo acaso lave
esa memoria leve como pluma.
Entre tanto en los mares de sus ojos,
la niña de la lámpara azul danza
y es una maravilla ver su lanza
de amor contra el poeta como antojos
que anidarán en flor magenta y pura
del deseo que vive, crece y cura.

Soledad de Carlos Oquendo de Amat

En la mañana azul
lo recuerdan lavando camisas
en el fondo de la quinta,
en el único caño
de toda la manzana.
Las mujeres perdonan al puneño,
les encanta su aire
de niño despistado.
Mediodía perfecto.
Blanquísimas las camisas y las medias,
intenso el olor de la lavanda,
el poeta camina por el puente,
perfuma el aire de la mañana.
Borborigmo se escucha en las tripas.
Nadie oye el ruido de su panza.
Cuando Luis de Rodrigo lo saluda,
contesta con sonrisa de paisano.
Ambos ingresan contentos al local
donde damas ligeras ya sonríen
con velos transparentes mientras bailan
con la delicadeza
de Josefina Baker
con su mata de plátanos
temblando en la cabeza.

Luego los parroquianos les reciben
las bananas que lanzan a las mesas.
Luis de Rodrigo toma su champagne
mientras Carlos Oquendo de Amat pela
con discreción un plátano.
Cuando llega la noche el poeta
a la luz de un candil,
tal Abel inocente, bebe té.

Soledad de Martín Adán

El arrancado en vilo de la vida,
extirpado del tiempo de la historia,
sumergido por siempre en una noria,
el mudo atroz que nunca gime o mira,
escribe sin embargo sus papeles;
maniático del verso, lo huronea
en la fría belleza de la piedra
o en la oscura cantina de peleles.
Existe algo muy raro que lo impele
a beber todo el mar de las mañanas,
a olvidarse de aquello que lo salva
de las afrentas diarias que lo muelen.
Él enarca las cejas cuando duerme.
Nadie sabe si acaso vive o muere.

Soledad de Luis de Góngora

Contempla Luis de Góngora el cabello
vencedor del oro bruñido y vano
en las cumbres tan altas y en el llano
do blanca frente afrenta al lilio bello;
sabe que a cada labio por cogello
el clavel se le ofrece más temprano
para ganar así al desdén lozano
y besar el cristal de gentil cuello.
El gozo es su divisa, labio y frente,
bendita primavera tan dorada
donde lilio, clavel, cristal luciente,
mútanse en plata o viola ya troncada.
El poeta y la musa juntamente
tórnanse humo, polvo, sombra, nada.

Soledad de Dante Alighieri

Sentir a Beatriz en su belleza,
u ofrendarle mirada enamorada
mientras camina el puente muy cuidada,
conmueve al corazón y a su tristeza.
Quedan sólo los campos sin maleza,
dulcísimo querer que nunca enfada:
coronarla de rosas como amada,
darle en su propia boca una cereza.
Escrito está: tendrá vida amorosa
pero no será Dante quien la quiera
en los trajines diarios de la casa.
Será mejor que quede prisionera
en tercetos que la hagan muy famosa,
gentil y casi eterna en una gasa.

Soledad de Charles Baudelaire

Las plazas de París tienen encanto
difícil de llevar a la escritura,
salvo para el poeta que madura
pensamientos en medio del espanto
de crecer solitario con su canto,
que es incienso subiendo a la hermosura
de mujer zahorí de piel oscura,
de fuego abierto y risas del amianto.
Ni caricias ni besos lo transforman,
Baudelaire anda inerme por los parques,
buscando la belleza de lo horrible;
las viejas desdentadas nos informan
que besa en playa y muelles los embarques
de rosas venenosas y terribles.

El mar de Silvia Plath

Frías, llenas de sal,
ondulantes colinas del Atlántico.
Mira: suspira el viento,
y al fondo muge el mar.
Repiqueteo, lluvia en el cristal.
Animal luminoso,
arañas sobre párpados cerrados,
los brillantes espejos,
la espuma casi en cielos,
latido maternal del agua azul.
Mar disuelto en la nada
abraza temeroso al bulto mundo,
entramado de playa
en lentes de los ojos,
agujero humeante en vasto sueño.
Las montañas de piedras
moradas entrechocan, crujen ruedas.
En hora de la siesta,
más despierta que nunca,
lúgubre, conversa con la esperanza.
Párpados de los vientos,
las luces moribundas tiemblan, brillan.
Pasan grandes ballenas
con los ojos abiertos.
Herida o muerta vive Silvia Plath.

Infancia de Silvia Plath

El aliento del mar.
Sus luces. Patalea en corralito
de mimbre donde llueve
la sal azul del agua,
los fulgores del mar, estruendo mudo.
No sabe de naufragios,
ni de gritos ahogados en la noche,
ni de extrañas sirenas,
ni de barcos fantasmas
navegando en el fondo de la niebla.
Conoce blando légamo
donde caen las tazas de té chino
rotas en las cubiertas.
Recoge lo perdido,
atesora la astilla de lo hermoso.
Los gritos de gaviotas
en el malsano día de amarillo,
la maldad en los ojos,
mar de metal fundido,
infancia sepultada, maremoto.
La piedra es la piedra.
Erizo con sus púas para dentro,
la diferente estrella
de mares más oscuros,
camina en las cornisas de la nada.

Tulipanes

Invierno, tulipanes.
Todo blanco, tranquilo, muy nevado.
Yace sobre pared
luz blanca de mañana,
la claridad abriéndose en los ojos.
La dama despidiéndose
sin nombre, sin las ropas de lo bueno,
trabajo de enfermeras,
agujas, anestesias,
miradas distraídas, cirujanos.
Estúpida pupila
debe absorberlo todo. Las blanquísimas
cofias van, día, noche.
Imposible contarlas,
mucha tarea, peso de lo inútil.
Separada del mundo
por los vidrios más sólidos,
mira fotografías
del marido, la hija,
pegadas a la piel, garfios sonrientes.
Silvia Plath, monja pura,
zambúllese en sosiego, se deslumbra,
deja los tulipanes
rojos que la lastiman,
escoge el velo blanco de la muerte.

Brisa marina

Homenaje a Stéphane Mallarmé

La carne es triste, lástima saberlo.
Principiando, he leído todo libro.
Vivo en las lejanías. Sólo vibro
en acorde callado. Conocerlo
es tarea vital como quererlo.
A la esterilidad la bien calibro
en la noche de insomnio cuando libro
la palabra precisa para hacerlo.
Huir ¡lejos muy lejos! de los ruidos
de la joven mujer alimentando
al niño que dormido va quedando
envuelto en los sonidos imbuidos
del silencio. La página muy blanca:
vacío que mi voz rima y arranca.

Las palabras de la tribu

El único objetivo de escribir
en las horas tibias de madrugada
no es dar libre presencia a la galgada
que pugna en nuestra mente por salir.
Es la tribu expresando sus palabras,
a las menos gastadas por el uso
las lanza por el aire fresco, incluso
a las que ya olisquean esas cabras,
las enaltece en rumas de blancura,
dando a la ciudad olor de campos,
a negra oscuridad los nobles lampos
de la dicción azul de la locura.
Hay en la poesía orden secreto,
un laberinto ajeno como reto.

Cobre de los vientos

Mallarmé escribe a Mme. Mallarmé

Tu cabellera, cobre de los vientos,
mis ojos, amarillo de los días
mucho tiempo aguardando que te rías
y me des ondulantes movimientos.
He soñado tu rostro en los momentos
oscuros de mi vida y tú decías
con voces cristalinas que querías
los instantes hermosos leves, lentos.
¿Cómo saber que eran verdad los sueños
que al despertar quedamos abrazados
que alunados están, rotos, quemados,
temores que tenías, negros leños?
Blanca queda marcada tu sonrisa
devota del amor que nunca avisa.

Despedida de Serguei Esenin

Leningrado, Hotel Inglaterra, Navidad de 1925.

Suena el acordeón. Parte a la fiesta.
Muchachos se deslizan entre pobos.
Campesinas preparan sus arrobos.
En las nubes la luna sube enhiesta.
Lúgubre, con su ropa bien medida,
Esenin siente música lejana
solo con la cabeza que desgana
en encontrar un verso despedida.
Sobrevivir no es importante, dice,
morir tampoco. Sangre, tinta roja,
se quedan en la cenefa que ya puebla
el opimo banquete que desdice
el triunfo de la vida que lo aloja
mientras lo roe el humo de la niebla.

Trabajo de los sueños

La verdadera vida: tener casa,
esposa con sus niños ya creciendo,
hacer de estimación un abolengo,
para Vincent Van Gogh es como nada.
El escaso dinero bien ganado,
los retos amorosos sucesivos,
son un agrio castigo del destino
para su rostro hirsuto atolondrado.
Niño grande salvado por su hermano
Theo, por la pintura redimido,
en colores ofrece lo escondido
en la caverna humana de lo arcano.
Él conquista el trabajo de los sueños
y lo da a los demás, los hace dueños.

Biblioteca

No necesito leer todos los libros
que he ido acumulando por años.
Me basta mirarlos con afecto
y escoger uno por azar venturoso.
Los otros parecen que sonríen
y una conversación silenciosa
se inicia.
Quevedo está al lado de Góngora.
Les ha tocado compartir mis afectos.
Una carátula de cartón los separa.
Antes vivieron en la misma casa,
verdad que en años diferentes.
La sotana de Góngora tenía manchas
de grasa y la pelliza de Quevedo
un rojo concho vino como un mapa.
En un duelo de insultos Quevedo llevó la palma.
En otro de cartas, Góngora era el rey,
el dueño del garito. Ambos eran melifluos
con la gente de la corte que les devolvía,
ya se sabe, carantoñas a veces
y en otras aire gélido.
Pero el tiempo que estuvieron solos,
renegando contra el mundo,
o uno del otro, se dieron maña

para escoger las mejores palabras
castellanas, las más precisas
en el momento justo.
Ahora están cerca, se dan tapa con tapa,
nudo con nudo y hasta parecen amigos,
dos floretistas sin careta, sonriendo
en un momento de descanso.
Uno sueña con Galatea,
el otro con Maritornes.
Beben su copa de vino
lenta, lentísimamente.
Apago las luces y ellos siguen
hablando en el fondo de la biblioteca.

El umbral del paraíso

El rey David tenía mucho frío.
Estaba lastimado por los años.
Conocía de cerca los engaños
del poder, de la vida y su hastío.
No entraba en calor con la frazada
que le alcanzaba gente diligente;
arrugas dibujadas en su frente
anunciaban la muerte apresurada.
Con sus senos radiantes y turgentes,
la hermosa sulamita fue llevada
virgen al tálamo nupcial. Fue amada
con desesperación. Quedó en las mientes
de quien llegó al umbral del paraíso.
David por Abisag llora. La quiso.

Trieste

¿A quién voy a encontrar cruzando
la ciudad?
¿A Umberto Saba? ¿A Italo Svevo?
¿O a Nadie?
No encontraré a Nadie en estos tristes
muros de tantas guerras.
Desde lo alto de la colina
atisbo a Polifemo, allá lejos, en Sicilia,
desgarrado en una roca,
taciturno, ciego, ensimismado.
A su lado no está Nadie.
No hay Nadie.
¿Cómo lo veo?
Cierro los ojos
y diviso toda la historia,
por ejemplo, Napoleón
en las pirámides,
pero es una sombra,
una tumba entre otras
del cementerio
o un túmulo
donde se dejan flores
una vez al año.
Sólo hay un silencio

y luego nada
y luego un eco
que viene del principio del principio:
la voz de Homero
que cruza el tiempo
en todos los navíos
con suave espuma
de eternidad
que salva a los náufragos
y a los encantados
por las sirenas.
Trieste rima con triste
y con muerte.

El niño de Praga

En la extraña ciudad de las palomas
y las torres, el ruido de la historia
no se detiene jamás. Aún persiste
el eco de los días más sonoros,
bisbiseando en muros ya derruidos,
tal penetrante perfume de rosas
marchitas y fatales.
Los nombres brillantes, luces secretas,
se encienden en fachadas,
palacios silenciosos
y el corazón del niño
Rainer María Rilke.
Dios se vuelve tiniebla
entre los campanarios de iglesias
góticas. En los féretros de plata,
los cuerpos de los santos, descompuestos,
son el polen de pétalos metálicos.
Como nunca en la mañana, Rainer
percibe la presencia del enigma
y el desorden, en Praga, la tan bella.

Rilke habla de París

París es la ciudad más extraña,
demasiado extraña para mí.
Los hospitales que aquí veo tienen
una angustia senil.
Ya comprendo por qué los parisinos
vuelven sin cesar sobre Paul Verlaine,
sobre Charles Baudelaire, sobre Stephane
Mallarmé, el poeta del silencio
y de la sutil música.
En numerosas calles, macilentos,
vestidos de tristeza,
caminan por aceras empedradas
con el sello del final en los ojos.
De golpe se adivina
que hay en esta inmensa ciudad luz
regimientos de enfermos,
grandes armadas moribundas, suaves
en su tránsito a cementerios,
fingiendo una vida inexplicable.
El deseo de vida es más fuerte
aquí que en otros lugares lejanos
que tan bien conocí.
En campos de Bohemia
la vida es más calmada, más eterna,

más vasta y calurosa.
El deseo de vida corre, corre,
quiere tenerlo todo de inmediato,
si es posible en una hora,
para que no lo alcance la miseria.
La vida es el Sena, lenta, lenta.
La muerte es la lluvia torrencial.
Desaparece el estado de gracia:
calmadas flores se marchitan rápidas,
sólo quedan las frutas de Cézanne,
ya sustraídas del azar punible,
lejos de apariencias oscuras,
humildes, sosteniendo la verdad.
La palabra es del mármol,
y la piedra es de Dios.

Una sombra entre los cuerpos

Una sombra entre los cuerpos,
fantasma en el campo de lo real.
Así vio el niño Boris Pasternak
a Rainer María Rilke, tiritando
en la estación de Moscú.
Luego el tren partió, cruzó
la Rusia septentrional.
El tiempo amarillo
con un golpe metálico y claro
se inclinaba sobre las carnes
magras del poeta, haciéndolo
temblar, perder todo, incluso
el poder de lo más íntimo,
teniendo, sí, entre manos,
la forma del día, la belleza
verde y blanca de los abedules,
inexpresable.
Rilke semejaba
en el compartimento del tren
al monje en su celda
añorando en el más crudo invierno
al árbol y al fruto
de lenta maduración,
al pájaro, al viento,

a los peregrinos
que cruzan la estepa,
lejos de doctrinas,
de dogmas, de apresuramientos,
de agitación vana, de dispersión,
de todo lo que separa al hombre
de su centro vital.
El tren sigue su marcha lentamente.
¿Sabes dónde se va?
Sólo lo saben la locomotora,
el conductor, los rieles
en su olvido y acaso el mismo Dios.
Rilke viaja a ninguna parte,
juntando lo próximo y lo lejano.
Lo desconocido le atrae, el riesgo.
Así va entrando lentamente
en el libro de las horas,
con el aspecto de fantasma
que tenía en la estación de Moscú.

Llanto de Marcel Proust

Me consideraba
incapaz de respirar sin ella,
desarmado ante todos los aspectos
de la vida.
Sabía a ciencia cierta
que iba a dejarme para siempre
y que su ausencia
sería un horrible suplicio.
Y no se equivocaba.
Mis días en lo sucesivo
han perdido su único objeto,
su única dulzura,
su único consuelo.
Escribir es como estar muerto.
Ando por el mundo
como un trompo con agujeros
que sigue en el combate
por inercia.
Paz, ternura, miel,
esos antiguos paladeos,
no los conozco.
Sólo el horror en mi sueño,
el acceso de tos,
los barbitúricos

y mis cuencos hundidos
en la lividez de la muerte.
No se me ha perdonado
ningún dolor:
la he perdido,
la he visto sufrir,
me ha sentido desconsolado,
mi mala salud era la pesadumbre,
la preocupación de su vida.
Sus grandes ojos,
sus labios mudos,
debieron comprender
la prudencia de los padres
que antes de finar
matan a sus pequeñuelos.
Siempre tuve para ella cuatro años.
Y ahora que la envuelve
la eternidad,
esa desconocida caverna lóbrega,
noto que es verdad,
que soy un niño,
que estoy solo en el mundo,
que nada,
absolutamente nada
tiene sentido.

Tigre

Simple,
selva virgen,
fiera en la floresta,
impulso incómodo
entre los hombres,
zumbido,
bala más allá
del bien y del mal,
inocente,
anterior a la redención,
pagano solitario,
exento de pecado original.
Monstruo en medio
de los compromisos,
nada con la conciliación,
nada con las medias tintas,
nada con la exigencia despótica
de las palabras acomodadas.
Ninguna quimera,
sólo desierto,
intolerancia,
ardiente soledad.
Brilla la estrella
Arthur Rimbaud

en lo alto del firmamento,
donde no hay noche
ni hay día,
sólo el hálito
de eternidad.

Este libro se terminó de
imprimir en mayo de 1999
en los Talleres de
Atenea Impresores - Editores
☎ 4476539 - 4468105

El Caballo Rojo Ediciones

Textos publicados

1. Tiempo de plagas /
   Alberto Flores Galindo

2. Para envolver pescado /
   Antonio Cisneros

3. Los muros invisibles /
   Peter Elmore

4. Pago de letras /
   Víctor Hurtado

5. Cosas del cuerpo /
   José Watanabe

6. El mar de las tinieblas /
   Marco Martos

El mar de las tinieblas de Marco Martos al mismo tiempo proporciona deleite y entrega sabiduría de vida a quien se acerque a sus páginas. La veta emotiva, que anima la estructura misma de esta poesía, está tratada con despiadado rigor en versos concentrados y transparentes que hablan de la soledad, del amor a la mujer, del amor a la justicia y el amor a la libertad, de las dificultades de vivir y escribir de un manojo de grandes escritores como Kawabata, Juan Ruiz, Fernando de Herrera, Quevedo, Góngora, Eguren, Vallejo, Oquendo de Amat; Dante, Mallarmé, Baudelaire, Rimbaud, Esenin, Silvia Plath. De acuerdo a las necesidades intrínsecas de cada poema, se eligen formas clásicas: zéjel, silva, soneto, sextina, lira, coplas de pie quebrado, o se escogen las formas libérrimas a las que el oído del lector contemporáneo está más acostumbrado. *El mar de las tinieblas* es un libro de belleza inusual en el panorama de la lengua castellana, diferente a casi todo de lo que se publica ahora bajo el rótulo de poesía.